

# La mujer popular en Santiago (1850-1920)\*

Alejandra Brito P.  
SUR Profesionales

El hacer una perspectiva histórica de la mujer es una cuestión difícil. La mujer ha sido un sujeto constantemente marginado de muchos ámbitos de la vida nacional, y entre ellos indudablemente del de la Historia. Como las mujeres no realizaron las grandes hazañas de este país, no lucharon en la guerra de la independencia ni contribuyeron de modo significativo al desarrollo económico del país, no tenían cabida en la "Historia oficial", la de los forjadores del Estado chileno.

Cuando esas tendencias cambiaron y los sectores sociales postergados emergidos de la explotación laboral se hicieron presentes, se comenzó a hablar y a escribir de los trabajadores de Chile, del movimiento obrero. Fueron incluidos en la historia. Con eso pareció saldarse la cuenta con los postergados y marginados. Pero en esa historia también se dejó fuera a la mujer, a su protagonismo, y sólo se la miró como la fiel compañera que luchó y soportó abnegadamente los rigores de la

vida. Era la esposa, la hermana o la sufrida madre de los trabajadores.

En todo caso, las mujeres estaban ahí, haciendo su historia, y cuando los movimientos feministas avanzaron, comenzaron a ser descubiertas como sujetos de la historia. Se las vio en la calle, luchando por su ingreso a la educación, al trabajo, a la universidad, a la política. Pero en esas historias de las mujeres chilenas se dejó fuera a la gran mayoría, a las que se quedaron en sus casas y no participaron en las movilizaciones en pro del voto femenino, a la que no quiso ni pudo ingresar a la universidad, a la que no aparecía en las estadísticas laborales. Esas mujeres no contribuían al desarrollo del país y, por lo tanto, no tenían cabida ni siquiera en la historia de las mujeres.

Es con esas mujeres marginadas de todas las historias que estamos en deuda, cuya historia debemos reconstruir. Y si consideramos que es necesaria la democratización de la historia a partir de la lectura de los hechos y de los actores que participaron en ella, se nos plantea la necesidad de devolverle a esta mujer su historicidad.

Recogiendo esta idea es que mi intención es devolverle su historicidad a la mujer de pueblo. Aquella excluida por su condición de género y

\* El presente trabajo es una síntesis de la investigación "Del rancho al conventillo. Transformaciones en la identidad popular-femenina. Santiago de Chile (1850-1920)", realizada bajo el auspicio del Programa Mujer y Sociedad, de Clacso (1991-92).

por su condición de clase. Pero esta historia no es sólo la reconstrucción heroica de la esforzada mujer de Chile, sino la historia de la marginación y los intentos de sobrevivir en una sociedad fuertemente excluyente, como lo fue la sociedad chilena de la segunda mitad del siglo diecinueve y las primeras décadas de este siglo.

En este intento de devolver la historicidad a la mujer de pueblo es que intentamos reconstruir parte de la historia de la mujer popular en Santiago, desde las últimas décadas del siglo pasado hasta 1920.

¿Cómo vivían las mujeres populares de Santiago desde fines de siglo XIX? Ellas llenaban la ciudad desde que se intensificó el éxodo rural. Estamos hablando, por lo menos de un 30 por ciento de la población femenina de Santiago,<sup>1</sup> cifra que socialmente aumenta si consideramos a aquellos que acompañaban y dependían de ellas: los niños.

Debido a la naturaleza de los procesos sociales y económicos que se vivían en esos tiempos – avance del proceso de modernización, proletarianización y disciplinamiento de los peones que pululaban por ciudades, minas y campos –, las mujeres no tuvieron un lugar claro en ellos. Eso hizo que debieran entrar por las fisuras que el sistema les dejaba y generarse "a pulso" un mundo laboral que permitiera la sobrevivencia de ellas y de sus hijos.

Así, hacia 1900 existían en Santiago cinco numerosos grupos laborales femeninos: las sirvientas domésticas, las lavanderas, las comerciantes, las costureras y las prostitutas. Su vida constituía un entramado cotidiano donde se confundían el mundo doméstico de los conventillos y la vida laboral. Las mujeres participaron más que nadie de aquella política de encierro que significó ese engendro de la modernización urbana que fue el

conventillo. Por ello, en el caso de la mujer popular, no cabe la distinción, tan evidente en el mundo masculino, entre lo laboral y lo doméstico, o, si se quiere, entre lo público y lo privado. Para el caso de las mujeres no es posible utilizar categorías que dividan la condición femenina en partes susceptibles de ser analizadas de manera independiente entre sí, ya que el mundo de la mujer popular era una sola unidad: la "casa" y la "calle"; lo "público" y lo "privado" eran una sola cosa: el ser mujer.

¿Cómo era la vida diaria de sus vendedoras, prostitutas, costureras, lavanderas, de sus hijos y de sus compañeros? Con una mirada era posible encontrar por los estrechos patios de los conventillos una corrida de "artesas" junto a una acequia donde se lavaban ropas propias y ajenas, el ruido de alguna máquina de coser, un carretón para ofrecer productos en las calles, el llanto de un niño, el ladrido de un perro. En el patio común los niños jugaban en un espacio sólo crecido en su imaginación. En la puerta de los cuartos, mujeres y hombres compartían alcoholes, conversaciones, frustraciones y sueños desconocidos para quienes, al pasar por las puertas cerradas del conventillo, no podían imaginar la vida que transcurría allí.

La pérdida de espacio que significó el traslado al conventillo generó graves problemas de convivencia, que en la etapa anterior, cuando el rancho era el tipo de habitación popular, no se habían manifestado, o por lo menos no con la misma fuerza. Las situaciones más difíciles se produjeron en las primeras décadas del cambio de hábitat. La violencia pasó a ser un problema que debió ser enfrentado por las mujeres, sus niños y compañeros. Las agresiones verbales y/o físicas se hicieron cada vez más frecuentes. Los motivos no faltaban: los niños, los celos, la embriaguez, el arriendo, etc.

Independientemente de los motivos del conflicto, el arma más usada era la descalificación sexual. Las acusaciones de "prostituta", "conductora asoleada" (que según las afectadas era un insulto "atroz"), "cortera", etc. eran frecuentes. Parecía ser que en la etapa del conventillo se reprodujeron los valores morales más propios de las clases dominantes y que le daban a la mujer un papel de sostenedora de la moral cristiana en el seno de la familia, cuya conducta social debía ser intachable.

1. Esta cifra fue obtenida calculando el porcentaje de mujeres que ejercían cuatro oficios que son propios del mundo popular, a saber, las lavanderas, comerciantes, sirvientas domésticas. Entre 1865 y 1920, del total de mujeres de Santiago, 22,6 por ciento realizaban estos oficios. Si a estas cifras se agregan todas las mujeres que realizaban alguna industria artesanal o eran obreras o simplemente dueñas de casas, el porcentaje de mujeres populares en Santiago era mucho mayor.

Ello no puede extrañarnos si tomamos en consideración todos los esfuerzos realizados, sobre todo por la Iglesia Católica, para "moralizar" a los pobres, proceso en el cual se dio a la mujer un rol protagónico al interior de las familias.

No sólo existió violencia entre mujeres. Quizás el elemento más importante fue el surgimiento de la violencia doméstica al interior de las familias, legales o no, que se constituyeron dentro de los conventillos. Las agresiones físicas de los hombres a sus mujeres se hicieron cada vez más frecuentes, e iban desde un simple altercado de palabra hasta golpes de diversa consideración, que incluso podían terminar con la muerte de la víctima. Los motivos eran diversos: celos, desobediencia, pero sin duda el más importante era el de la ebriedad de ambos. Todo podía comenzar con compartir un vaso de vino en algún cuarto del conventillo con más personas, donde se bebía hasta que cualquier gesto o actitud podía desencadenar los golpes.

Yo me hallaba bebida cuando sufrí los golpes que presenté, de cuyo hecho debido a mi estado no me di cuenta de tal manera que sólo después me vine a dar cuenta de que mi ofensor había sido Luis Riquelme con quien vivo en relaciones ilícitas.<sup>2</sup>

A pesar de la magnitud que podían tener los golpes, esto rara vez significaba la ruptura definitiva de la pareja. Parecía ser que la violencia intrafamiliar era asumida como una situación normal dentro de la cotidianeidad en los conventillos.

Si bien es difundida la creencia de que ciertos problemas que involucran a la mujer, como el de la violencia doméstica, han sido "desde siempre" de determinada manera, la reconstrucción histórica de la vida de las mujeres de Santiago en el siglo diecinueve y comienzos del actual parece demostrar que este problema va de la mano con la proletarianización y el disciplinamiento, sobre todo de la masa laboral masculina, a lo cual se suma el hacinamiento y las pésimas condiciones de vida en los conventillos. A pesar de las malas condiciones

materiales y de los numerosos conflictos sociales al interior de ellos, los conventillos eran el único espacio con que contaron los pobres de las ciudades y, por lo tanto, desde allí las mujeres generaron las respuestas, sobre todo a la sobrevivencia.

Para las mujeres pobres era aceptado y esperado que, si necesitaban trabajar, lo hicieran como sirviente doméstica en alguna casa de "respeto". Las mismas autoridades se encargaban de asegurar que esto sucediera. Toda mujer que era acusada de algún delito, por lo menos hasta la primera mitad del siglo diecinueve, era depositada en alguna casa de respeto para que sirviera a cambio de la comida y el alojamiento. Ser sirvienta era lo esperado para una mujer pobre. ¿Cuál era la situación de estas sirvientas?

El servicio doméstico tenía ventajas y desventajas para las mujeres. En alguna medida, les permitía escapar de los horrores cotidianos de los conventillos; pero, por otro lado, debían sufrir problemas y discriminaciones diarias. Los salarios eran bajos y las jornadas largas, muchas veces se consideraba que la comida y el alojamiento eran suficientes pagos. Eso creaba lazos de dependencia y servidumbre muy fuertes, lo que se traducía en maltratos físicos y en abusos sexuales. Además, casi nunca estuvieron libres de las desconfianzas de los patronos cuando se cometía algún robo dentro de las casas.

La situación de las sirvientas era difícil, pero más problemas tenían aún aquellas que tenían hijos. La discriminación era mayor y los salarios más bajos. Se les hacía hincapié en que por caridad se las tenía allí, a pesar de que sus hijos se convertían en la práctica en otros sirvientes, sin recibir nada a cambio.

A pesar de todo, ser empleada en alguna casa de "respeto" siguió siendo la alternativa ocupacional de la gran mayoría de las mujeres. Desde niñas eran preparadas para seguir el camino de sus madres, como casi la única opción posible.

Además del servicio doméstico, las mujeres populares realizaron otros oficios: fueron lavanderas, costureras, comerciantes o prostitutas. Estos oficios, junto con la servidumbre (a excepción de la prostitución, que no aparece en las cifras



estadísticas) ocupaban casi 80 por ciento del total de las mujeres trabajadoras y más de 20 por ciento del total de las mujeres de Santiago.

La realidad específica de ellas es una cuestión que interesa destacar.

¿Qué significó ser lavandera? Ser lavandera era un oficio reconocido y aceptado para la mujer de pueblo. Eso le dio al oficio un gran auge (lo que se prueba si consideramos que 20 por ciento de las mujeres que trabajaban en Santiago eran lavanderas). Quienes ejercían esta labor eran principalmente mujeres de mediana edad (en promedio tenían 40 años) y que aportaban de esa manera al sustento familiar, ya que un gran porcentaje tenía una familia relativamente estable.

En un comienzo se lavaba en aguas públicas, pero, una vez trasladadas a los conventillos, ejercieron la actividad en los patios de los mismos. Allí diariamente lavaban gran cantidad de ropas ajenas que, junto con sus hijos, iban a entregar por las calles más importantes de la ciudad. Lo difundido del oficio se debió fundamentalmente al problema del agua que tenía Santiago a comienzos de este siglo. El lavado era una actitud altamente contaminante y, por lo tanto, era mucho mejor enviarlo a hacer fuera de la casa. Esto hizo que las lavanderas se convirtieran en un sujeto clave para el funcionamiento de la urbe y les dio un reconocimiento social que se manifestaba claramente en las cifras, muchas veces estaban abultadas por los oficios "no legales" que escondían bajo el nombre de "lavanderas".

Las condiciones de vida de las lavanderas eran difíciles. Cargadas de hijos que mantener y con ingresos insuficientes, debieron trabajar por más horas y con un mejor rendimiento, o, ya en el límite de la sobrevivencia, delinquir. Fueron muy comunes a comienzos de este siglo las acusaciones de estafa en contra de lavanderas, ya que empeñaban las ropas encargadas para el lavado. Por lo general eran descubiertas y enviadas a prisión desde 21 a 548 días, dependiendo del valor de las especies.

A pesar de todos los elementos negativos que significó para la mujer el ser lavandera, este oficio tuvo una identidad arraigada, lo que queda claramente demostrado en el siguiente poema:

Soi morena vivaracha,  
No soi floja (es lo mejor)  
Todos dicenme: ¡muchacha,  
lavandera de mi amor!...  
Si los futes me enamoran  
O me juran fiel pasión,  
No les creo; y aunque lloran  
Yo les lavo... el corazón!...  
Con la artesa y las gemelas,  
la costilla, el alfiler,  
Futrecillo, no receles  
Sea fúnebre el querer!...  
¡O no piensas, desgraciado  
Que eras pompa tú no más!  
Yo no dejo mi... lavado  
¡Ai por ti, jamás, jamás...<sup>3</sup>

Otro oficio importante para las mujeres pobres fue el comercio, sobre todo el callejero. En la primera mitad del siglo diecinueve, las mujeres populares montaron toda una red de comercio popular que se mantuvo hasta las primeras décadas de este siglo, aunque ya no tuvo las mismas características. Ya no fue tanto el comercio hacia adentro de la sociedad popular lo más característico, sino el comercio en las principales avenidas de la ciudad y fundamentalmente en las cercanías de los mercados. Allí se transaba gran cantidad de productos diariamente, desde comidas preparadas hasta insumos para la costura (mercadería).

Las comerciantes populares no constituyeron un grupo homogéneo. Había desde la vendedora ambulante de pequeños atados de verduras, hasta aquella que lograba montar un negocio estable, pagando una patente, ya fuese por chincheles, casas de pensión, menestras o cocinerías, bodegas o casas de tolerancia. Indudablemente la realidad y los problemas de cada una de ellas eran diferentes, pero todas, cuando eran atacadas por la autoridad, respondían con un discurso similar: "somos mujeres y pobres". Eso era considerado un buen argumento para pedir se evitara su expulsión de las puertas del mercado o para la reapertura de su negocio clausurado por los inspectores municipales.

3. De la Colección Amunátegui de Poesía Popular, 1888.

Si bien un gran grupo realizaba sus labores fuera de su espacio doméstico (es decir, los cuartos de los conventillos), existió otro grupo, no despreciable en cantidad, que realizó sus ventas en estos mismos cuartos, ocasionando con esto más problemas a la autoridad, debido a que eran imposibles de controlar y menos hacerlas pagar el derecho municipal por sus ventas.

Pero la autoridad no estaba dispuesta a dejarse sobrepasar por estas mujeres que ocupaban espacios que se consideraba no les correspondían, y las persecuciones a los comerciantes populares comenzaron, primero por cuestiones morales (el principal ejemplo es el ataque a la moral de las mujeres en las chinganas), siguieron por cuestiones de índole sanitaria, para llegar a la persecución tributaria.

Una mirada a la historia nos permite advertir que los comerciantes callejeros perseguidos por la policía no son exclusivos de la particular modernidad existente hoy. La política de erradicar a los pobres de la ciudad "propia" ha sido casi una constante desde B. Vicuña Mackenna hasta nuestros días. Pero estos pobres que pululan por las calles de Santiago, que en su mayor parte fueron y siguen siendo mujeres, no tuvieron ni parecen tener actualmente la intención de abandonar la ciudad "propia". Si no, véase el siguiente ejemplo, del año 1902.

Anteayer algunos guardianes de la primera comisaría hicieron en la Alameda, a inmediaciones de la Santa Lucía, una recogida de vendedores ambulantes hombres, mujeres y niños. Fueron llevados todos a la comisaría con sus ventas, y desde ahí las mujeres a la corrección. Ayer se les presentó al juez del crimen, quien no teniendo nada que decirles, los puso en libertad. Al ser llevados los reos al calabozo de la comisaría y las otras a la Corrección, se les quitaron sus ventas, que quedaron depositadas por orden del oficial de guardia.

Ayer, al volver esa pobre gente a recoger sus canastos, se encontraron con que la policía les había robado.<sup>4</sup>

Ser costurera fue otra de las alternativas de las mujeres populares. Este grupo tenía ciertas especificidades interesantes de destacar. Podían ser costureras remendonas, o ser consideradas parte del servicio doméstico (puerta afuera) de las casas patricias, o realizar trabajos para algún taller. Las costureras son un buen ejemplo de la proletarización, ya que comienzan siendo independientes, luego semidependientes con el trabajo a domicilio, para convertirse luego en obreras en las fábricas.

Tener una máquina de coser fue la meta de muchas mujeres pobres, ya que les permitía una forma de independencia y una salida digna a la pobreza. No importaban los esfuerzos, ni los desvelos. La pertenencia de su "medio de producción" podía traer la tranquilidad económica para sus familias.<sup>5</sup> Teniendo una máquina de coser, se podía combinar el trabajo realizado por encargos diariamente en sus cuartos, con el dependiente en un taller.

Ser una costurera, además, traía un cierto prestigio social dentro de la sociedad popular. Las costureras eran vistas como mujeres trabajadoras y honestas que mantenían su dignidad a pesar de su pobreza; un buen ejemplo es el siguiente poema publicado en un periódico de Santiago en 1904.

Yo me llamo Pilar, tengo veinte años. . .  
Me paso alegremente la existencia  
cosiendo calzoncillos y camisas. . .  
Hace unas cuantas noches, cuando salgo  
de entregar la labor, junto a la esquina,  
me asalta un caballero, respetable  
por su cabello cano y sus patillas. . .  
¡Miserable canalla! Quiere en cambio  
de esas joyas y galas que me brinda,  
que abandone este ajuar que representa  
un capital de insomnios y de fatigas,  
y el sublime pacer, el santo orgullo

5. Un buen índice del crecimiento de las costureras fue la importación de las máquinas de coser. Entre 1849 y 1853 se importó una máquina de coser, y entre 1879 y 1883 se importaron 48 435, bajando su precio en el mismo período de \$100 a \$7 (Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios*, 1985, p. 311). Las ventas de máquinas de coser generaron a su vez un gran negocio especulativo.

que siento al concluir cada camisa,  
y el sagrado recuerdo de mi madre  
que al verme honrada se murió tranquila.<sup>6</sup>

Al fondo y a la vuelta de la esquina de todas las alternativas laborales que una mujer podía tener, se encontraba la prostitución. A pesar de ser considerada una actividad legal si las que la ejercían eran mayores de edad y si lo hacían dentro de recintos privados sin escándalos públicos, ello no evitaba la marginación y el rechazo social.

El ejercicio de la prostitución debe ser considerado como una actividad económica, un oficio realizado por muchas mujeres de pueblo. El ejercicio mismo y el establecimiento de casas de tolerancia, burdeles o prostíbulos, eran negocios femeninos, y se realizaban rigiéndose por las reglamentaciones municipales establecidas, sobre todo en lo que decía relación con el pago de patentes.

La cotidianeidad de estas mujeres era muy dura. Por lo general vivían hacinadas en los cuartos de los propios conventillos, que muchas veces eran los lugares donde se ejercía la actividad. Las descripciones de conventillos dedicados a la prostitución dan muestra de una realidad bastante terrible.

... allí viven de ilícito comercio en cada cuarto hacinadas, hasta cuatro y seis mujeres que rara vez disponen de dos camas, porque más no consiente cada cuarto, sin ventilación y respirando los vapores hediondos y mortíferos de la bacanal y de todo género de deyecciones así de las personas que las habitan, como de las que acceden a semejantes lugares.<sup>7</sup>

Pero las prostitutas no sólo debían soportar las malas condiciones de vida; también estaban expuestas a las continuas denuncias por delitos realizadas por la autoridad o por los clientes. El hecho de estar al borde de la legalidad y fuera de la norma social, las convertía prácticamente en delincuentes. Las denuncias por robos, estafas, escándalos, ejercicio en la vía pública, eran constantes. Además estaban expuestas a toda la violencia que

rodeaba a la actividad, que no era poca ni infrecuente. A eso se sumaron los peligros de las enfermedades venéreas y las continuas persecuciones por cuestiones de índole sanitaria.

Esas fueron las mujeres pobres que habitaron Santiago hasta por lo menos 1920. Estuvieron y siguen estando en los márgenes de la historia, y no sólo de la "oficial": están también en los bordes de la historia alternativa.

Para terminar es interesante preguntarnos qué pasó con estas mujeres después de 1920. La fuerza laboral va a sufrir modificaciones. Si bien el porcentaje de participación femenina en Santiago se mantuvo en poco más del tercio de la población trabajadora, la estructura del empleo femenino se modificó. Entre 1865 y 1920, casi 80 por ciento de la fuerza laboral femenina estuvo constituida por mujeres pobres, que realizaban algunos de los oficios mencionados. Hacia 1930 se produjo un quiebre y la fuerza laboral disminuyó a poco más de 20 por ciento, situación que puede explicarse por la fuerte presión ejercida desde "arriba", que tensionó la identidad de la mujer popular y la indujo a optar por la casa o la calle, la familia o el trabajo, mundos que, como vimos, constituyeron antes de 1920 una sola unidad. Hacia 1940 la participación femenina en la fuerza de trabajo volvió a ser de un tercio, pero ya no eran las mismas mujeres. Los oficios que antes representaban casi el 80 por ciento, se redujeron a 50 por ciento.<sup>8</sup>

Si avanzamos hasta la segunda mitad de este siglo, podemos ver las tendencias que toma la estructura del empleo femenino en Santiago. Las empleadas domésticas, que en el período en estudio alcanzaban a 33,9 por ciento, en la actualidad representan el 19,3 por ciento. Las costureras, del 23,08 por ciento cayeron al 6,1 por ciento. Además, hoy en día existen nuevas ocupaciones para las mujeres en general. Un 19 por ciento son profesionales y técnicas. Otro porcentaje significativo se desempeña en servicios comunales y sociales (23,5 por ciento).<sup>9</sup>

Los cambios en la estructura del empleo feme-

6. *La Reforma*, 6 de noviembre de 1904, p. 3.

7. Archivo de la Municipalidad de Santiago, vol. 327, 1887.

8. Censos de la República, años correspondientes.

9. Unicef, *La impresión de las cifras. Niños/Mujeres/Jóvenes y Adultos Mayores* (Santiago, 1993).



nino plantean una serie de interrogantes: ¿qué pasó con las mujeres populares después de 1930? ¿Por qué van desapareciendo de las cifras? ¿Se quedaron en sus casas, cuidando a sus hijos, marginándose totalmente del mundo laboral? Por otro lado, estas cifras problematizan lo que hasta ahora se ha considerado la historia de la mujer. La historia de la mujer en el siglo veinte es concebida usualmente como la creación de movimientos ten-

dientes a reivindicar el papel de ellas en diferentes esferas de la vida social, sobre todo en lo político, laboral y educacional. Pero han sido estudiadas con categorías más propias del mundo masculino, dejando, por tanto, fuera de ella a un grupo importante de mujeres. Cabe preguntarse: ¿están incluidas en esas historias las lavanderas, costureras, prostitutas o empleadas domésticas? Ese es un capítulo de la historia que queda aún por develar.